

Trabajadora infatigable, siempre ha huido de la frivolidad, del éxito fácil y prefiere la discreta e inteligente sombra para ir consolidando, con gran esfuerzo, una importante obra literaria impulsada por su ya indiscutible talento y tenacidad. A través de su vida, el deseo más arraigado ha sido y es «tener voz propia» como escritora. Algo que ha logrado con una plena dedicación y amor a la literatura que no deja de sorprender a través de la charla que mantenemos en su casa de Barcelona. Casa luminosa de tres plantas —una de ellas ocupada por una envidiable biblioteca—, cuya serenidad sólo se atreve a romper Perla, la perrita snouser, con sus escandalosos ladridos.

Nuria es una mujer espiada, distinguida, llena de expresividad juvenil y entusiasmo. Desprende cercanía, sinceridad, y aunque —o quizás por eso— la literatura es el centro y finalidad de su vida, siente una auténtica inquietud por todo aquello que la rodea.

—¿Cómo nació «Reina de América»?

—Apareció una imagen, la selva colombiana, que yo conozco bien, en la que nació mi hija y viví con mi primer marido, en donde ahora está pasando todo lo que cuento, las luchas entre el ejército y las guerrillas, la violencia del narcotráfico... Antes de comenzar la novela me dije: «No vas a ser capaz ¿cómo vas a poner voces de allá?». He tenido que documentarme a fondo, pero cuando consigues el tono, éste te da el argumento, la atmósfera y el mundo. Yo creo en la prosa poética, pero prefiero que se diga que escribo con técnica, porque es la única forma de que nos separen a los que escribimos un poco seriamente, de otros. Esta novela la he escrito en tres años, pero en ella están 20 de mi vida.

Horror al puntor y final

—¿Es su mejor novela?

—Al menos lo he intentado. Con esto te pesa un poco como con los amantes que has dejado. Es una gran pasión que sabes va a terminar y no quieres que termine y es el horror de tener que poner punto final a una novela.

—¿Tiene huellas del «realismo mágico»?

—No creo en eso, fue un movimiento para promocionar la literatura latinoamericana, pero en realidad se debe a Faulkner. Mi fuente son los grandes narradores y yo bebo de ella, eso lo tenemos en común muchos escritores. En esta novela hay cierta ironía sobre el «realismo mágico», al hablar de las abuelas legendarias. Cuando escribo una novela intento hacer algo nuevo, odio las que están escritas todas igual, con la misma técnica y el mismo molde, unas mejor elaboradas y otras peor. Y yo, para hacer eso... Hay que reivindicar la literatura como obra de arte.

—También se ha relacionado el libro con «La vorágine».

—No he leído el libro de José Euta-

El respeto que siente por el idioma se percibe en su exigente prosa, construida con admirable esmero, y que en su última novela «Reina de América» alcanza un gran lirismo

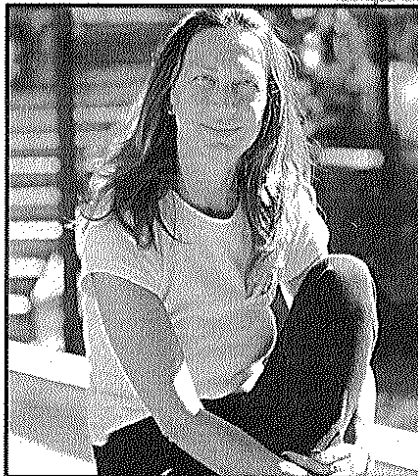
NURIA AMAT

Escritora

María Asunción MATEO

«La literatura es ahora un lugar de mafiosos y cortesanos»

«Suelen dar premios a las escritoras que no les hacen la competencia a los hombres y saben que no molestarán nunca, las tienen como de segunda categoría»



María Asunción Mateo

sio Rivera. Carlos Fuentes, otro maestro, me comparó con Conrad... Mire, cuando leí literatura de verdad, es que estamos en una tradición, un narrador no nace por generación espontánea, nace de otros narradores, si no es imposible. Aunque ahora parece que no lo saben. He dedicado mi vida a leer, por eso hay estas influencias que se deben a otras influencias, he leído a muchos escritores que habrán leído «La vorágine». Carpenter, por ejemplo, y debe estar allí. La tradición es eso, uno debe estar en este eslabón por alguna razón. Juan Goytisolo dice que la literatura es un árbol genealógico, si no, no estás.

—¿La infancia está muy presente en sus libros?

—Casi todos los escritores escribimos un poco con la mirada de la infancia, en mi caso es importante, en «Leta he-

rida» lo hago directamente. Soy un poco hija de una biblioteca y un manicomio, porque delante de casa había uno y por la ventana vi cosas tan tremendas como tirarse una mujer por la ventana. Mi padre tenía una biblioteca muy buena, en ella encontré las respuestas incluso, a veces, las preguntas. A mi madre casi no la conocí, murió cuando yo tenía dos años y de mis primeros años de vida no recuerdo mucho, lo cual es raro ¿no? Me crié junto a mis dos hermanos varones, rodeada de mucho silencio en la casa, mi padre vivía con el recuerdo siempre presente de mi madre, de la que apenas se hablaba, pero en casa sus fotos acompañadas de flores estaban por todas partes... Como verá, muy literario, muy propicio para mi vocación, la frontera entre la verdad y la mentira es tan delicada...

—¿El país del alma» es una novela

de amor a las palabras?

—Y una especie de homenaje a mi familia, tiene una atmósfera muy distinta —dice velando la voz—, a mis otros libros. Transcurre en los años de la posguerra en Cataluña, por la época en que mis padres se conocieron. Y he recreado ahí todo un mundo que no he vivido porque acaba justamente cuando yo nací. Hacerte era para mí un desafío.

—Su familia perteneció a la burguesía catalana.

—Sí, a lo que aquí se llama la «burguesía ilustrada», un poco antifranquista. Mi padre me educó y me exigió más que a mis hermanos, decía que al ser mujer lo iba a tener mucho más difícil y tendría que aprender a ganarme la vida. Recuerdo que, de jovencita, cuando salía con chicos, yo siempre me pagaba la entra-

da del cine, algo raro entonces. Empecé pronto a dar clases particulares, nunca he dependido de nadie, he hecho lo que he querido, pero la independencia se paga, la pago ahora. Yo siempre fui rebelde, a los veinte años me fui de casa, lo que en aquella situación era bastante difícil.

—También tiene gran independencia literaria...

—Yo me di cuenta de que para tener voz propia como narradora, necesitaba muchos años, mucha soledad y no venderme por nada. La verdad es que, en su momento, tuve la oportunidad de publicar con Carlos Barral y di mi

primera novela a una editorial totalmente marginal. Pero fui haciendo mi camino sola, mi intuición me dice por dónde tengo que ir. Mi aislamiento me lo he buscado, la independencia es un tesoro.

—¿Es cierto que ha escrito una misma novela cinco veces?

—¡O más! —exclama entre risas—. El ordenador ayuda mucho a corregir, pero si tú quieres encontrar un modo de decir, hay que hacer varias versiones. Yo no tengo una técnica para escribir, nunca me planteo «voy a escribir de este modo» porque si no hay una novela plana. Mi técnica es la libertad, aunque claro, hay una elaboración, y un gran respeto hacia la literatura.

La música del lenguaje

—Es crítica con el éxito temprano.

—Me parece un desastre, la industria del libro ha destruido a poetas pero, sobre todo, a novelistas. El mercado del libro ha montado un sistema que perjudica gravemente a la literatura, se venden libros, se producen novelas, pero lo que la gente compra no es literatura, salvo algunos casos. Se ha apuntado mucha gente a este carro para ganar dinero y el lector debería aprender a diferenciar lo que se está haciendo con el libro. Se ha olvidado que lo que hace que una novela sea distinta a otra es que tiene un lenguaje particular. Hay que estar muy cerca de la poesía, hay que buscar la voz muy dentro de ti. Cuando escribo necesito saber que estoy descubriendo algo de mí misma. Disfruto con la música del lenguaje, me encantaría poder inventar palabras, encontrar una forma de decir especial.

—Una búsqueda difícil...

—El lenguaje es tan importante porque me da también la historia, si no trabajo a fondo el lenguaje, la novela no me funciona, porque el argumento no existe. Para escribir «Reina de América» he estado 25 años sin pisar Colombia, en donde escribí mi primera novela, «Pan de boda». Es una especie de homenaje a esa tierra, hecho desde la distancia, la reflexión y el cariño. A mí me sucede algo que es lo que yo llamo «la magia de la literatura», escribir es una forma de sentir, de pensar, ya lo veo todo un poco a través de la mirada de la literatura. Lo necesito para mi equilibrio personal.

—«Los años nos roban las palabras», dice un personaje suyo.

—En la miseria se habla poco, aquel mundo de la selva colombiana en el

ENTREVISTA

que no había que comer, tenía una naturaleza tan impresionante que hasta la miseria parecía menos sórdida. Pero llega un momento en la vida en que no tenemos ganas de imponer nuestro criterio a nadie. Yo también soy escritora porque tenía una tía abuela, a la que adoraba, que me contaba cuentos, escuchar a un viejo hablar es una maravilla cuando tienen cosas que contar.

—Frente al optimismo que desprende, cuando escribe es pesimista.

—En todo escritor siempre hay un fondo negro, porque si no es imposible escribir. Es el que mueve el motor, lo cual no quiere decir que como persona seamos así. Kafka tenía un gran sentido del humor. Yo vivo, como otros escritores, gracias a la literatura, porque si no, no sé dónde hubiera acabado. El buen humor me lo ha dado el hecho de poder escribir, porque de pequeña era más bien melancólica, triste en mi interior, y eso en la literatura sale. Pero como me gusta la vida, trato de vivirla, aunque un tema como la muerte está siempre presente en mi narrativa, quizás, por la desaparición de mi madre tan pronto.

—¿«Todos somos Kafka»?

—No, no, eso era un juego irónico. Es una novela de hace muchos años, era como hablar del peso que nos ha tocado a todos los escritores de este siglo, un poco superar al padre, al abuelo. Y Kafka está tratado ahí como un personaje, como un padre de la narradora.

—En literatura se siente hija de...

—Teresa de Jesús, que me ha enseñado mucho a trabajar la lengua, de la narrativa del siglo XX americana, del norte y del sur, de la europea... De aquellos escritores que se salen del molde, que no escriben como los demás.

—Tuvo amistad con Beckett.

—La vida, el azar, me ha dado muchos regalos, no tengo el mercado pero tengo otras cosas mucho más interesantes, una de ellas conocer a Beckett, sin tener que recurrir a que nadie me lo presentara. Yo tenía 24 años, era casi una niña y él me consideró como una persona de una talla intelectual que yo no podía tener en aquellos momentos.

—¿Hay discriminación de género en el mundo literario?

—Sí. Suelen dar premios a las escritoras que no les hacen competencia a los hombres y saben que no molestarán nunca, las tienen como de segunda categoría. Pero saben, también, que ahí no está la literatura. Yo veo esto como un circo, detrás de la barrera, lo veo y voy escribiendo, trabajando. Cuando hablo de literatura o de inteligencia no hago diferenciación de texto, pero las mujeres escritoras hemos sido las más perjudicadas al caer en los tópicos digamos «femeninos».

—Admira a Carmen Laforet.

—Profundamente. «Nada» es la mejor novela del siglo, y no lo digo yo sola, también narradores como Javier Marías y otros, pero esto no cuenta. Las hijas de Carmen me localizaron un día para decirme que les gustaba mucho lo que yo escribía y me encantó saberlo.

—¿Se siente más reconocida en Latinoamérica?

—Mucho más. Allí no publican a ningún narrador español, leen a los que se han editado en España. La verdad es que aquí tengo muy buena crítica, no me puedo quejar, pero sé que no estoy dentro del mercado quizás porque, como he dicho antes, he cultivado mi independencia. Al poder literario le interesa promocionar otro tipo de mujer, otro tipo de literatura femenina. La literatura se ha convertido un poco en lugar de mafiosos y de cortesanos, y yo no soy ninguna de esas dos cosas.

—¿Comenzar una novela perturba su vida, sus relaciones?

—Cuando era joven, sí. Ponía tanta voluntad, era tanta la presión por conseguir la novela que, a veces, me perjudicaba. Los años dan una especie de subiduría, de experiencia y, ahora, por suerte, ya sé abstraerme, puedo tener dos vidas, y sé cuando estoy en una y en otra. En estos momentos el drama es que yo quiero volver a escribir una novela y no sé si podré, porque ahora quiero conseguir algo distinto, que sea

OPINIÓN

¡AY, POBRE HÉCUBA!



Hamlet siempre se pregunta cosas, y entre las cosas que se pregunta está lo de: «¿Qué es Hécuba para él, o él para Hécuba?», refiriéndose a la maravilla que le causa contemplar a un actor encarnando a un personaje clásico, como Hécuba, en el teatro. Y nosotros, como espectadores, no podemos sino maravillarnos con Hamlet del milagro de que el teatro exista: porque no debemos olvidar que Hamlet siempre se (y nos) maravilla desde un escenario.

Pero, en estos días, el dramaturgo Arthur Miller, flamante premio Príncipe de Asturias, ha venido a declarar que esto de la crisis del teatro no sólo es real en España sino en EE.UU. país donde, bien es sabido, todas las realidades reciben necesaria confirmación. Sus palabras no parecen provenir de la amargura del que lleva demasiado tiempo en el

mismo oficio: nos hacen reflexionar acerca de una situación que parece bastante más sombría que las propias obras de Miller, o, para el caso, que las dudas de Hamlet.

El porvenir del teatro es una incógnita. Es decir: el porvenir del teatro de texto, me refiero. Ya se sabe que existe el otro, el de espectáculo, carente de ideas, circense o musical, que es el que recibe beneficios oficiales, recicla ganancias y por el que apuestan todos los productores. Pero el otro, ese oficio al que se dedicaron honestamente Shakespeare y Miller, parece precipitarse lento pero inexorablemente al abismo. Si la lectura (y por tanto publicación) de obras teatrales es nula, la asistencia a esta clase de eventos (y por tanto los estrenos) roza los límites de la nada.

Es cierto que intentar disimular

no resulta útil. Es cierto que otra clase de espectáculos, casi inexistentes en tiempos de Miller, insospechables en tiempos de Shakespeare, han impuesto su poderío en todas partes, pero mientras se siga apostando desde las producciones públicas y privadas por el espectáculo sin contenido o los consagrados de siempre, y el nuevo teatro de texto tenga que acudir, casi de incógnito, al circuito del llamado «teatro alternativo» (cuyo apodo no podría resultar más apropiada, teniendo en cuenta que la opción contraria, la «oficial», es el «teatro sin alternativas»), las cosas no mejorarán. A este paso, mis hijos, o los hijos de mis hijos, tendrán más razones que Hamlet para maravillarse por el teatro.

José Carlos SOMOZA



Los niños de Afganistán necesitan su ayuda URGENTE



Save the Children

PARA COLABORAR, DIRÍJASE A:

Tel.: 902 26 36 26

Cuenta para ingresos y transferencias:

BSCH 0049 0001 52 2410019194

(cuenta 1919 sucursal 1)

AYUDENOS A EVITAR UNA TRAGEDIA MAYOR

Save the Children es una organización internacional, que trabaja para mejorar la vida de los niños y niñas necesitados en todo el mundo y, en particular, en aquellos lugares donde la vida es especialmente difícil. Los programas de Save the Children ayudan a niños de más de 120 países. En Afganistán trabaja desde 1985.

Pza. de Puerto Rubio, 28 • 28053 Madrid • Tel.: 902 26 36 26 • www.savethechildren.es • info@savethechildren.es